

Papá Goriot no encuentra amor

Yolanda de Jesús de la Luz



corde con el preciso estilo de Balzac, *Papá Goriot* es una obra que registra los detalles más pequeños.

Describir con magnificencia una flor y declarar que esa flor tendrá que marchitarse, subraya a un nivel sobrecargado la tensión que existe entre las cosas, los hechos y el lenguaje. No sólo se alcanza un agudo realismo, sino una dimensión visionaria de la vida.

Balzac posee fuerza y vida. En *Papá Goriot* se dan algunas de las características del realismo, pero el tono romántico transforma siempre la realidad. Goriot da todo por bien empleado para conseguir el bienestar de sus hijas, mientras que ellas abusan de él para satisfacer sus caprichos. Sin embargo, el padre se revela como un ser capaz de amar y perdonar sin condición alguna. ¿Situación risible?, ¿escena ridícula?, ¿actitud tonta?, ¿falsa existencia? Preocupantes y tristes son la indiferencia, la frivolidad, las pocas ganas de vivir y la enorme colección de falsos valores: ayer y hoy es lo mismo.

Verdaderamente, *Papá Goriot* es una obra que denuncia los males del hombre y proclama el amor por encima de todas las cosas. Pero, por desgracia, en un mundo donde la falta de amor, la adulación, el abuso del poder, la hipocresía y la ambición se mezclan cotidianamente, sobra decir que papá Goriot está fuera de lugar, ¿dónde la razón?, ¿dónde el deseo de ser “mejores” y “felices”?

Según John Cowper, “el valor real de

las creaciones de los hombres de genio es hacer más rico y más complicado lo que podría llamarse el margen imaginario de nuestra vida normal”. Los buenos escritores y poetas dejan de ser simples narradores de anécdotas, narradores de historias; por eso, la literatura permite rebasar lo ordinario: devela secretos, trata de decir lo inefable, porque hablar de lo que se puede hablar, ¿qué sentido tiene? El lenguaje de la literatura desea expresar todo aquello que uno no puede expresar y que después va a aflorar de una manera quizá nociva para aquel que trató de ignorar una verdad. La obra de Balzac confirma lo anterior con un peculiar talento.

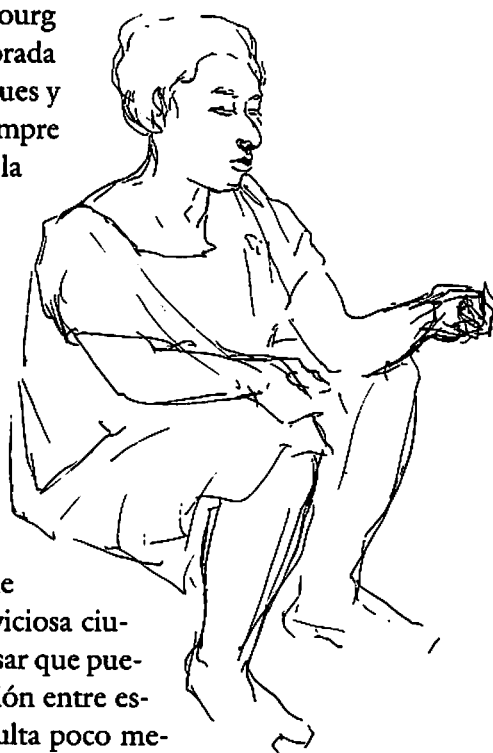
Los personajes de *Papá Goriot* están a menudo manipulados por el dinero: por la carencia y el deseo de poseerlo o tenerlo, y derrocharlo sin ninguna preocupación. Un sistema de contrastes que hace ver más claros los perfiles de los personajes. Una novela escrita con tal maestría que tiene la tenden-

cia a aumentar la dimensión de todo lo que describe: si es un amor, es un amor enorme, si es un vicio, será una fuerza creciente que acabe por no caber en el cuerpo de quien lo padece. Ocurre así con sus personajes tan apasionados que terminan por destruirse por sus explosivas obsesiones. Antítesis y drama; dos elementos en oposición que utiliza para que cada uno haga resaltar al otro.

Y aun así, es impresionante la lógica de la novela, nada es producto de alguna vulgar casualidad, todo lo que ocurre es producto de causas determinadas; causa y efecto siempre encadenados. En la novela hay, por lo menos, cinco intrigas entrelazadas y mezcladas. Los barrios y las clases sociales están contruidos como



algo cerrado: es muy difícil cambiar de barrio, acceder a una clase social diferente es como pretender el amor de quien nos ha rechazado miles de veces. En la obra hay tres clases sociales: en el barrio latino está la pensión de Madame Vauquer, lugar donde se hospedan las solteronas, artistas fracasados y estudiantes, todos ellos de humilde condición; la Chaussée d'Antin, donde residen los fervientes ansiosos de trasladarse al Faubourg Saint-Germain, morada de banqueros, duques y condes, los que siempre han pertenecido a la nobleza y los nuevos ricos (¿quién no creería que alguien, legal o ilegalmente, tuvo un tremendo golpe de suerte en el juego y pasó a ser dueño de una inmensa fortuna de la noche a la mañana en la viciosa ciudad de París?); pensar que pueda existir una relación entre estos tres barrios resulta poco menos que indecente.



París es un personaje clave en la obra, una presencia permanente en todas las intrigas, es más un catalizador que actúa sobre los hombres tanto individualmente como en grupo. Una sociedad donde el orden establecido disimula a la perfección el desorden de los intereses. París, es, pues, soñado, admirado, deseado y una especie de monstruo que devora a sus habitantes. *Papá Goriot* es una novela que empieza con lentitud, Balzac ofrece una descripción del escenario de la acción. Es posible que el lector contemporáneo piense que el narrador dice más de lo que se necesita saber. Detalla el aspecto de sus personajes, sus inclinaciones, orígenes, costumbres, ideas y defectos, y sólo entonces empieza a contar la historia. Balzac revela la ambición y la vastedad de los vicios y deseos humanos: don poder, don dinero, don prestigio social, don ceguera moral representan la consumación de actitudes poco o nada positivas. Para Tomashevski, las relaciones que los personajes mantienen entre sí constituyen en un momento dado una situación. Según él, una obra se hace

actual cuando el lector se alegra, se revela, simpatiza o indigna. A este efecto, el lector de *Papá Goriot* no escapa de dicha sentencia.

Balzac nos obliga a concebir un universo privado de libertades; de modos distintos anticipa, en ocasiones, a un superhombre, pero no duda jamás de las penas, sacrificios y desgracias que está condenado a padecer.

El amor alienado y frustrado, la aventura, el engaño, la intriga, la incertidumbre, la hipocresía e incluso la pasión son sólo algunos motivos que guarda esta novela para aquel que desee encontrarse en un mundo de contrastes, donde a los personajes, dueños de una interesante psicología, dan cuenta de las más altas y bajas emociones del hombre. Se refleja así la enorme complejidad del ser humano.

Las teorías de la vida de algunos personajes de *Papá Goriot* están subordinadas a lo que cada uno de ellos cree que es justo y válido. Todo parece depender de sus experiencias. Por ejemplo, Rastignac tiene un profundo miedo a caer en el juego de la hipocresía, pero participa constantemente de ella; Madame de Beauséant declara en dos ocasiones que "el mundo es malo e infame", pero, ella está amargada; la duquesa de Langeais piensa que es necesario "permanecer en las alturas", le aterra la sola idea —aunque vaga— de entrar al mundo de los pobres. Nada tan ciego y profundamente anhela Goriot como volver a estar con sus dos princesitas tomando café: "la vida, el mundo sería de lo mejor". Es de una terrible complejidad la enajenación de Goriot, porque en muchas ocasiones la residencia en la que está viviendo —la mansión de Madame Vauquer— se ve sacudida con tremendas revueltas, sin que a él le interese. Constantemente, repite, con una complacencia incoherente: "Mi vida, mi vida está en mis dos hijas. Yo no tengo frío si ellas sienten calor, yo no me aburro nunca si ellas se ríen. No tengo más penas que las de ellas".

La fugacidad del momento resulta casi una alegoría en un ser tan vital como Goriot. ¿No vivimos nosotros también, para desgracia nuestra, casi constantemente fuera de lo inmediato, ocupados en recordar lo que fuimos o en proyectar lo que seremos o queremos ser?, ¿no es también el momento actual, para la mayoría de los mortales, un estrechísimo andén colocado entre dos deseos completamente contradictorios?

Aun cuando nos sentimos en desacuerdo con sus teorías, la vitalidad de los personajes es tan



intensa
que parti-
cipamos de
sus pasiones; nos

afectan directamente sus alegrías y sus dolores, salidos de la experiencia de sus tragedias; no están convencidos por sus doctrinas, pero sí vencidos por la fantástica realidad de sus temperamentos.

La novela está en extremo bien construida: por su amor sacrificado, el anciano Goriot, siendo un burgués al que le ha costado mucho trabajo acumular cierta riqueza, se despoja por completo de ella para proporcionarle a sus hijas —siempre mimadas y caprichosas— una gran dote que les permita gozar de todo cuanto desean. Por otro lado, los primeros pasos del ambicioso Rastignac en el París libertino de esos días están descritos con especial ingenio.

Cuando Goriot siente que ya no puede ayudar a sus hijas, no le queda otra cosa que morir.

Las costumbres, modos de vivir y ambiente, en que se mueven los demás personajes, no le afectan a Goriot, y no porque los abomine, sino porque no sabe nada acerca de ellos. Aunque su único deseo es disfrutar de la vitalidad del amor, agudizada en el resto de los personajes, no tiene el valor ni la capacidad suficientes para afrontar su abrupta soledad. Tener una idea muy pobre del amor (en el sentido de no saber qué se espera, qué se quiere) lleva a la desilusión, que, por desgracia para el viejo, es permanente, porque ¿cómo dar algo que no poseemos? Además de defectuoso, resulta destructor.

El amor es un arte que debe trabajarse con ahínco y Goriot no tiene realmente conciencia de su ca-

pacidad de dar; ¿qué le da una persona a otra cuando ama...? Cuando se habla de amor, una persona se da a sí misma, da lo más precioso que tiene, da de su propia vida. Ello no significa que sacrifique su vida, sino que ofrece lo que está vivo en él —su alegría, interés, comprensión, humor, conocimiento—; al dar así de su vida, enriquece a la otra persona, realizando el sentimiento de vida de ésta al exaltar el suyo.

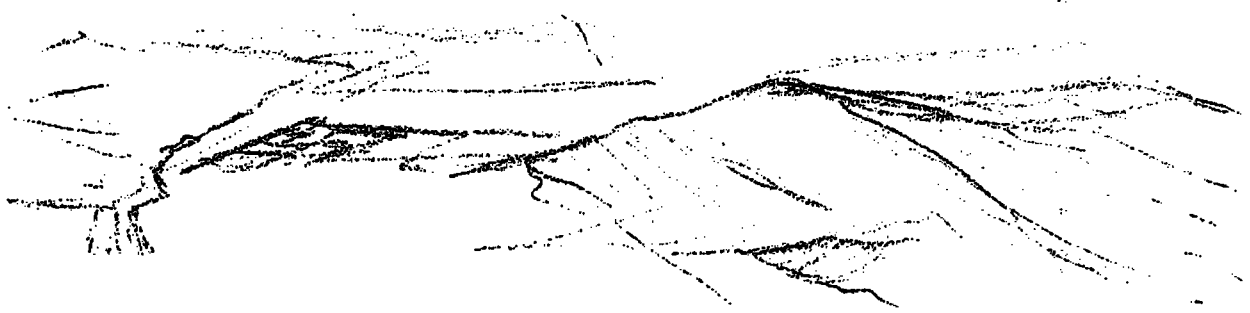
Sin embargo, son contraproducentes las actitudes de Goriot: esclavizado material y moralmente por sus hijas, su amor no muere de hambre, sino de indigestión. Pero Goriot no deja de ser un revolucionario. Más allá de su enfermedad —la tremenda obsesión por sus hijas—, presenta sus ansiedades principales a través de los múltiples problemas que conllevan la fe, el amor y la verdadera amistad.

El apoyo —casi filial— de Rastignac hacia el pobre hombre, hace que éste sienta sus sufrimientos y agonía menos atroces. Rastignac se convierte en amigo y cómplice en sus últimos momentos. Poco antes de morir, Goriot se da cuenta de la ceguera que lo condenó a ser objeto de insultos, burlas, desprecios y rechazos de parte de todos los que le rodeaban por ser un hombre ofuscado y complaciente con sus hijas. Asimismo, conoce que su vida nunca le perteneció; el abandono y el engaño, fueron sus únicos pagos. En un discurso patético y extraordinario, Goriot resume sus contradicciones: “Sí, lo veo muy claro: mi hábito de abrirme las entrañas para ellas quitó todo valor a lo que yo hacía. Si me hubiesen pedido que me arrancara los ojos, les hubiera dicho: “¡Sáquenlos...!””, “¿Moriré, pues, como un perro?”. Moribundo, se queja, grita, se arrepiente, odia y ama, espera y desespera, sufre y llora. En un vaivén de paradojas, recrimina y maldice a sus hijas, incluso pareciera que las detesta, pero también lo que más desea es verlas y darles la última bendición.

Agonía e ilusiones. Con otro brillo, Rastignac es un joven con grandes pretensiones, un hombre que intenta salir lo más limpio que pueda del mundo de las simulaciones: guarda las apariencias, trata de compensar de alguna manera lo mal hecho para seguir pareciendo bueno y digno a los ojos de los demás y a los suyos propios, porque tranquilizar su conciencia le permite gozar sin tantos remordimientos. La iniciación de

Rastignac





—temeraria y ambiciosa— en la profunda corrupción de París es una lucha constante contra todos y consigo mismo: cuanto bajo cae moralmente, más alto se eleva en la escala social. El deseo más grande de Rastignac es incorporarse a la alta sociedad parisina; su origen humilde y familia decente ya no le satisfacen, aspira a un medio superior que le permita poseer a las mujeres más bellas y, sobre todo, satisfacer su ambición desbordante. Y aunque sabe que es difícil escapar de la mentira, Rastignac desea sinceramente no lastimar a nadie, ni a jóvenes ni a viejos, ni a ricos ni a pobres.

Cuando Rastignac va al entierro de Goriot, desprecia al mundo que rechazó al viejo luego de haberle explotado. Después, al quedarse solo en el cementerio, contempla París: a sus pies el largo de las riberas del río Sena. Sus ojos se posan en esa parte de la ciudad en que residen los habitantes del gran mundo al que quiere entrar: “Hay un Dios”, afirma, como si evocase el castigo inmediato de los mal portados, confundido por la muerte miserable y dolorosa de papá Goriot; se presenta, en síntesis, el cruel recuerdo del término de una vida y una pintura muy viva, apenas por iniciarse.

El mundo de *Papá Goriot*, lleno de falsos valores, sigue siendo tan válido hoy como ayer; para desgracia de todos aquellos que no entienden que es mucho mejor encarar la verdad que vivir en una perpetua hipocresía. Es una obra que muestra las tensiones y las ansiedades entre el pasado y el presente, entre lo nuevo y lo viejo, entre la gente sensible y la sociedad embotada por el mundo de las apariencias.



Es también la expresión de una sociedad hipócrita y autoritaria en busca de víctimas. Se paga un precio alto por asimilar nuestra realidad, momento histórico e individualidad. ○

Bibliografía

- Balzac, Honoré de, *Papá Goriot*, [Trad. y prólogo J. Zuazagoitia], Espasa-Calpe, Madrid, 1973.
 —, *El tío Goriot*, [Trad. y prólogo Marissa Gutiérrez], Rei, México, 1990.
 —, *Papá Goriot*, [Trad. y prólogo Alberto Aguirre], Norma, Bogotá, 1993.
 Daudet, León, *El estúpido siglo XIX*, [Trad. Benjamín Venegas], La salamandra editora, Buenos Aires, 1976.
 Mirza, R. y González Bouzas, *Balzac. El realismo, la novela y Papá Goriot*, de la Banda Oriental, Montevideo, 1976.

Yolanda de Jesús de la Luz. Alumna del sexto semestre de la Licenciatura en Letras, Facultad de Humanidades (UAEM).
